

Marina Kuzmina, vecina de Andorra

M.^a Ángeles Tomás Obón
Fotografías del archivo personal
de Marina Kuzmina

Ya en junio de 2015 el público pudo disfrutar como primicia en Andorra de la actuación de la pianista rusa Marina Kuzmina, en esa ocasión como integrante, junto a la clarinetista Ana Pallarés, del dúo Nastroenie; de nuevo el pasado otoño la concertista rusa se presentó ante el auditorio andorrano con una magnífica audición en el salón de actos de la Casa de Cultura, esta vez a dúo con la violonchelista Nuria Gañet.

A la salida del concierto, largamente ovacionado, muchos de los asistentes mostraban su sorpresa al descubrir que Marina era una vecina de Andorra. Como no es muy habitual tener a una pianista rusa de vecina, intérprete internacional, ganadora de varios concursos y con más de treinta y cinco años de experiencia como profesora de

piano y concertista en escuelas de música de Rusia y Bielorrusia quedamos con ella para saber más sobre su interesante trayectoria musical y su estancia en Andorra. Y esto es lo que nos contó.

Los padres de Marina, por motivos de trabajo, estuvieron viviendo durante un año en Kazajistán y allí nació ella en 1960. Aunque cuando solo tenía unos meses regresaron a su lugar de origen, Pytalovo, un pequeño pueblo situado muy cerca de la frontera con Estonia, a unos 100 km al sur de la ciudad de Pskov, capital de Oblast -división administrativa similar a una provincia-. Allí en Pytalovo Marina fue a la escuela y allí empezó a estudiar música, quizás por ello cuando le preguntas de dónde es, sin dudarle siempre habla de Pytalovo y Pskov y así consta en su currículum.



Marina, a la izda., con la violonchelista Nuria Gañet.

¿Cuándo empezaste a estudiar música?

Con ocho años empecé en la Escuela de Música de Pytalovo y después fui al conservatorio en Pskov, donde me gradué con honores como profesora de piano y concertista obteniendo el Título Rojo que concedían a los que tenían las mejores notas y que me permitía ejercer como profesora en una escuela de mi elección. Allí en Rusia con el título obtenido en el conservatorio ya no tenías que hacer un examen para entrar en el mundo de la enseñanza.

¿Tocas algún otro instrumento, además del piano?

No. Yo he querido tocar el piano desde siempre. Recuerdo que ya con tres o cuatro años, cuando estaba en la guardería, mi sueño era tocar el piano. Yo veía allí el piano y quería tocarlo. Ya recibía clases de música en la guardería, sin instrumentos, pero yo lo que quería era tocar el piano. En 1967 abrieron la escuela de música de Pytalovo y fui a apuntarme con mi madre, pero ya no había plazas para piano; me ofrecieron otros instrumentos, pero me negué a apuntarme y esperé al año siguiente para poder cursar los estudios de piano, que empecé con 8 años.

¿Siempre te has dedicado profesionalmente a la música?

Sí. Cuando acabé el conservatorio ya empecé a trabajar como profesora de piano y como pianista acompañante de otros instrumentos, principalmente con estudiantes que estaban preparando sus exámenes. En ocasiones también daba conciertos a dúo con otros instrumentos, principalmente con otros profesores, y acompañando al *tsymbaly*, un instrumento tradicional bielorruso.

¿A qué instrumento prefieres acompañar?

No depende del instrumento, sino del músico. Quiero que sienta la música, porque así disfruto tocando. He acompañado a muchos instrumentos diferentes, pero lo más importante siempre es el músico que hay detrás.

¿Cuál ha sido tu trayectoria profesional?

En 1985 empecé a dar clases en una escuela de música en la ciudad de Novopólotsk al norte de Bielorrusia. Cuando llegué allí me sorprendió que disfrutaban de una mayor calidad de vida que en Rusia, vivían en mejores condiciones. Además, las escuelas de

música eran como seis veces más baratas que en Rusia. En Pskov la educación musical era muy cara, mis padres pagaron mucho dinero por mi educación en la escuela de música. Este menor coste implicaba que había muchos más alumnos en las escuelas de música, algunos de ellos sin un verdadero interés por la música y con pocas cualidades. Y la profesora era la responsable de que los alumnos alcanzaran los niveles exigidos y evolucionaran musicalmente. Era mucha presión y mucha responsabilidad para los profesores, a los que se evaluaba periódicamente en función de los resultados de los alumnos. Muchas veces a los alumnos más retrasados les daba clases después de la escuela sin remuneración para que alcanzaran los niveles exigidos.

En agosto de 1991, en paralelo a la disolución de la URSS, Bielorrusia proclamó su independencia de la Unión Soviética. Fueron momentos difíciles y convulsos. Automáticamente me dieron un pasaporte bielorruso, cambió la moneda y, aunque no había problemas para viajar porque se firmó un acuerdo entre ambos países para viajar sin visado, las cosas cambiaron. La gente todavía no habla mucho de aquella época. No obstante, seguí allí varios años más hasta que mi madre falleció y volví a Pytalovo en 2009. Luego me trasladé a vivir a San Petersburgo, donde estuve dando clases en una escuela de música muy grande, con unos 900 alumnos, en el área de Sosnovy Bor.

Allí en San Petersburgo tenía un dúo con una chelista también profesora, Marina Udalova, y durante esos años dimos bastantes conciertos por toda Rusia y participamos en varias competiciones en Bulgaria, Estonia (2011) y Alemania (2012) ganando varios premios. Desde 2014 estoy en España.

Y ¿cómo llegaste desde San Petersburgo a España, concretamente a Andorra?

Fernando Amador, mi marido, visitó San Petersburgo en 2010 con la idea de encontrar a una pianista rusa, pero no pudo ser. Nos conocimos poco después por internet y decidimos quedar para conocernos en Alemania aprovechando que yo tenía una competición en Pfortshaym. Fernando siempre había soñado con viajar a Alemania con su vieja moto BMW, así que el lugar de encuentro era perfecto. Aunque esta vez tampoco pudo ser. La moto se estropeó en Avignon y no pudo continuar viaje. Pero este incidente no impidió que siguiéramos en contacto e hicimos planes para encontrarnos en San Petersburgo en 2013. Le invité a una representación del ballet de Romeo y Julieta de Prokofiev en el que bailaba Nacho Duato, en el teatro Mijaelovski. Ambos nos emocionamos viendo la representación y comprendimos que éramos iguales. En el verano de 2013 visité Andorra y en los meses siguientes Fernando viajó varias veces a San Petersburgo, hasta que en 2014 nos casamos en San Petersburgo y me vine a vivir a Andorra con Fernando.

¿No sentiste un cierto vértigo ante un cambio de vida tan radical?

Sí, claro. Me ayudó a tomar la decisión saber que disponía de una excedencia de un año en mi trabajo y que si algo iba mal podía volver. También fue importante que, durante mi visita a España en 2013, a través de una amiga de la infancia de Fernando contacté con un cantante de ópera catalán con el que estuve dando varios conciertos. Tenía un nivel alto y me gustó trabajar con él. También el hecho de conocer a Ana Pallarés, clarinetista andorrana, y poder acompañarla en varios conciertos. O a un profesor de viola que temporalmente estuvo dando clases en el conservatorio de Alcañiz. Todo esto me animó a permanecer en España.

¿Cómo ha sido tu vida profesional en España?

He acompañado a varios aspirantes de distintos instrumentos a las pruebas de acceso al conservatorio superior en diferentes lugares (Pamplona, Zaragoza, Castellón y Córdoba). He dado conciertos con la violonchelista Nuria Gañet, con la que trabajo muy a gusto. La conocí en un concierto en Molinos, hablamos y empezamos a tocar juntas. Desde febrero cubro una vacante en la Escuela de Música de Andorra y doy clases de lenguaje musical y de piano.

¿Qué te ha aportado España musicalmente hablando?

He descubierto compositores que no conocía, por ejemplo a Stjepan Sulek. Aquí todo lo que he tocado es nuevo para mí. Y, claro, lo tengo que estudiar, lo cual no sé si lo llevan muy bien mis vecinos. Los repertorios son distintos y esto me ha permitido desarrollarme más como música. Así que a la lista de mis compositores favoritos de siempre (Chopin, Schuman, Prokofiev...) he ido añadiendo nuevos como Brahms. Por ejemplo, aquí por primera vez he acompañado a un trombón, en el conservatorio de Alcañiz, y lo he disfrutado mucho.

La interacción con el público también es muy distinta. La gente es muy abierta, quiere escuchar cosas nuevas y disfruta con el público. En Rusia la mayor parte del público tiene una educación de conservatorio y sólo van a "buscar pulgas", a encontrar errores. No disfrutan del concierto y el músico tampoco.

Cuando llegué a España algo que me llamó la atención fue el alto nivel de los instrumentos de viento, que no son tan populares en Rusia. En Rusia cada familia tiene un piano, que es un instrumento muy popular. Por ejemplo, este año que he podido asistir a las audiciones de la Escuela de Música de Andorra me gustaron mucho los saxofones porque el nivel es muy alto.

También estoy muy agradecida por la estupenda acogida que he tenido aquí y por todo lo que estoy aprendiendo.

Marina posando junto a su piano

